

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 9

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7

Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

«Muerte de Sevilla en Madrid» de Bryce Echenique o de un subalterno en el exilio

Óscar López
Saint Louis University

Si bien no existen manifiestos de los escritores posteriores al éxito comercial y literario del *boom* de la narrativa latinoamericana, las declaraciones públicas de estos expresan un afán constante por distanciarse de sus antecesores. Casi ninguno desea escribir como lo hicieron los maestros del *boom*. La mayoría son escritores exiliados dispersos por el mundo, ya no solo instalados en París, y entre sus afinidades escriturales están las de una visión nostálgica, íntima y pesimista de las realidades subcontinentales enriquecidas con el contacto de las realidades culturales y geográficas del exilio. Alfredo Bryce Echenique no solo pertenece a esta escritura y a esta actitud, sino que la manifiesta en declaraciones.¹

El autor peruano participa de los temas y tratamientos comunes a una nueva manera de hacer literatura llamada por algunos post-moderna.² Entre los temas y tratamientos comunes en la narrativa a partir de los años setenta, el del exilio es uno de los más cruciales. Hecho explicable si se tiene en cuenta que el decenio del setenta fue el auge de las dictaduras en América Latina, siendo las más feroces

¹ Entrevistado por Miguel Rojas Mix, responde:

Cuando empiezo a escribir sobre personajes que están fuera de sus fronteras, en Europa, en Francia, pero también en Italia o Alemania o en Estados Unidos, el punto de partida es la toma de conciencia de que para los escritores del *boom* su país funciona casi como un coto privado de caza. Estos escritores escriben estrictamente sobre su país de origen, nunca sobre la ciudad en la que llevan los años viviendo, nunca sobre sus compatriotas en esa ciudad. Para mí la gran excepción fue Julio Cortázar (57-58).

² No obstante que el término post-moderno comienza a perder prestigio frente a los nuevos dictámenes regidos por las imposiciones económicas en la era globalizada, es incuestionable el hecho de que la mayor parte de los escritores posteriores al *boom* escriben distinto, y todavía más distinto a medida que fueron alejándose de la tentación del éxito que inspiraban sus fórmulas.

las del Cono Sur por sus sofisticados métodos de represión y desaparición de personas.³ Bryce se ocupa del tema a su manera con dos tipos de exiliados, el voluntario, por lo general intelectual, y el exiliado involuntario, aquel que sale forzado por circunstancias ajenas a sus designios. Y a pesar de que este último personaje es escaso en su obra, uno solo basta para metaforizar el trauma del exilio latinoamericano por razones económicas: Sevilla, el indefenso y desamparado personaje del relato «Muerte de Sevilla en Madrid».⁴

La insularidad del personaje Sevilla en la obra de Bryce reviste un valor capital: por un lado, por ser el primer personaje-puente entre América y Europa;⁵ por el otro, porque permite contrastarse con personajes también perdedores como el desdichado Sevilla, pero nunca hasta descender a su abismal caída.⁶ Ello porque Sevilla está desprovisto de los beneficios de los otros, los que poseen educación y situación de clase perteneciente a la oligarquía limeña. Él es expo-

³ Jorge Rufinelli en «Uruguay: literatura y exilio» hace notar la copiosa escritura sobre el exilio producida en Argentina y en Chile y la escasa en Uruguay, a pesar de que la dictadura de Bordaberry (1973) provocó la salida de muchos escritores y el silenciamiento de otros. Peri Rossi, en abierta oposición a la escritura del *boom*, como Giardinelli y Skármeta, sale un poco antes al exilio para nunca más volver. El exilio de Bryce es voluntario, aunque en sentido estricto ningún exilio lo es.

⁴ De la poca atención prestada a este relato clave en la obra de Bryce Echenique se queja César Ferreira en «Tras las huellas de un imaginario: Bryce y "Muerte de Sevilla en Madrid"» (28).

⁵ En parte, el mencionado artículo de César Ferreira desarrolla este tema.

⁶ En este punto entro en desacuerdo con Grazyna Gradzyska quien en el artículo «Alfredo Bryce Echenique y Madrid» se vale del personaje para probar «La falta de relación o "un diálogo de sordos" entre culturas» (281). Interpreto falaz el argumento de que «El hotel madrileño, las diferencias lingüísticas, el comportamiento de los latinoamericanos y de Mr. Alford, así como la manera de ser del guía español, produjeron en Sevilla un estado de profunda angustia y... unos horribles dolores estomacales» (283). Para empezar, el relato no solo no empieza en Madrid a donde Sevilla llega ya afectado por la fiebre diarreica, sino que Sevilla es un personaje límite, es un subalterno aun en su propio país. Su incapacidad de adaptarse a la nueva realidad cultural no ocurre por su provincialismo, sino por razones de otra índole, sobre todo de origen económico. Si se mira con cuidado, el único que expresa voluntad por seguir la agenda turística impuesta por la compañía de aviación es Sevilla. Pero su timidez, desde el día que sabe del premio, es la que comienza a dañarle su estómago, lo que le afecta cualquier interés en cumplir con las órdenes superiores. A su manera, Murcia y Segovia, también latinos, se integran al ambiente de la excursión e incluso llegan a entablar alguna cercanía con el jefe del grupo, el Santisteban español. En sentido estricto, ninguno de los miembros del grupo de ganadores (ni el gringo Alford, ni Achikawa) se integra al ambiente porque cada uno se mantiene dentro de sus estereotipados presupuestos culturales.

nente claro del subalterno:⁷ no habla y cuando quiere hablar no lo dejan, su vida padece las imposiciones de quienes detentan el dominio económico y el control social. El narrador registra su regreso a casa luego del cóctel público cuando la compañía de aviación anuncia el premio: «“Resignación”, dijo la tía Angélica, cuando Sevilla contó que no le quedaba más remedio que viajar, que lo habían entrevistado, que lo habían fotografiado, que no lo habían dejado explicarles que, en el fondo, prefería no partir» (31). En la mente de Sevilla el premio se convierte en un castigo impuesto por una empresa económica. En los intereses utilitarios de esta, la voluntad del individuo carece de importancia, Sevilla se convierte en una rémora al servicio del capital.

Aunque la narrativa del autor presenta fisuras asimilables al proceso de su biografía histórica, a su vez recreada en tres etapas escriturales,⁸ el interés que aquí concierne marcha por otro atajo, develar las venas sensibles que hacen del personaje la más antiheroica y desvalida criatura del exilio padecido por razones económicas. Rastrear su periplo y condición constituye una empresa útil y dolorosa.

Hasta la suerte de ser favorecido en un sorteo resulta motivo de desgracia para Sevilla, un personaje sin destino, al decir del autor. El truco de ganarse un viaje jamás deseado le permite al narrador rastrear la huella de un personaje singular, frágil, y fragmentado en astillas de inseguridad cuya somatización es el permanente *via crucis* diarreico (in)soportado durante el viaje a Madrid.⁹ Sevilla es humano, demasiado humano. La carga psicológica de temores y desdenes padecidos por este ser desvalido es la carga de los marginados aven-

⁷ En el artículo «La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa» John Beverley reconoce que aunque en la condición post-moderna se ha permitido hablar a los subalternos, su voz puede estar domesticada por el editor. La representación en el testimonio es problemática, no es tan auténtica como se ha creído.

⁸ El propio autor estratifica su vida en tres instancias: la primera, educado en colegios bilingües de monjas y de curas ingleses y norteamericanos que desprecian a los profesores peruanos. Desconoce el Perú. La segunda, cuando entra a estudiar derecho en la Universidad de San Marcos («Ahí, en San Marcos, entro al Perú por primera vez, a los 17 años. Hasta entonces el Perú me había sido vedado» (60). La tercera, cuando viaja al extranjero y desde allí comienza a ver al Perú con la distancia y el rompimiento de prejuicios. Una descripción de los cortes temáticos y formales de su escritura la registra el artículo de David Wood, «Hecho con estilo, o el mundo narrativo».

⁹ Bryce Echenique en «Alfredo Bryce Echenique en Stanford» ofrece una visión de su personaje: «era tan marginado... se saca una lotería que no compraba, y lo empiezan a llenar de lujos, de hoteles, de aviones, él que era un humilde empleaducho, ni siquiera kafkeano, mucho menos que kafkiano, no era nada» (71).

tados por la diáspora latinoamericana, la que no solo desgaja exiliados por razones políticas, sino también, por la principal razón, la económica. Cuando Sevilla obtiene el premio, la suerte le juega un revés, sus aspiraciones estaban ancladas en la memoria de su único momento triunfal en Huancayo antes de la muerte de Salvador Escalante, su héroe, el ex compañero de clase en el colegio Santa María. El no necesitaba un cambio en su vida. El narrador lo comprende: «Pudo haber sido otro el resultado, pudo haber sido todo muy diferente porque en realidad Sevilla ni se enteró de lo del sorteo. Y aun habiéndose enterado, jamás se habría atrevido a participar» (6-7).¹⁰ Él carecía de aspiraciones intelectuales, de sueños de conquista amorosa y de inquietudes económicas asociadas con el arribismo de sus condiscípulos, tal como Santisteban, el jefe de relaciones públicas de la compañía, su antiguo compañero quien hasta había llegado a escupirlo. Sevilla es un subalterno manejable al antojo del programa publicitario de una multinacional. Es un ser anónimo, despojado de aspiraciones y de sueños de compromiso con las realidades históricas inmediatas. Es un pobre diablo que apenas sobrevive. Y esto le basta.

Si se compara la mala fortuna de Sevilla en su relación con la mujer, con la de otros perdedores del corte de Taquito Carrillo en «Baby Schiaffino», Joaquín Bermejo en «Anorexia y Tijerita» o de Felipe Carrillo en *La última mudanza de Felipe Carrillo* (1987), se tiene que su desarreglo nervioso no obedece a la personalidad insegura de aquellos, fundada en la sobrevaloración de las apariencias físicas y en el poderío económico y político del rival o de los seres objetos de amor, sino al proceso de arrinconamiento social gestado por su miseria económica: «La falta de dinero hasta para comprar chocolates a la hora del recreo, día tras día, lo fue preparando para todo lo demás. Para lo de las chicas del Villa María, por ejemplo. El no se sentía con derecho a aspirar a una chica del Villa María» (6). Lejos de aspirar a competir, Sevilla, huérfano de padre y madre, se autoexcluye dejando que lo gobierne la tristeza y que las horas transcurran en el territorio de la imaginación, buscando encontrar una novia no para casarse con ella, sino para desposarla con su finado ídolo Salvador Escalante, su súper-yo, su protector, quien le prodiga el único y supremo instante de felicidad en su vida. Por ello, sus caminatas por la Diagonal solo tienen el propósito de encontrar la mujer ideal para

¹⁰ Tomo las citas de la edición de Alianza Editorial, 1994.

su amigo: «Si una hubiera sonreído con sencillez, con dulzura, Sevilla habría podido encontrar por fin la futura esposa de Salvador Escalante» (8). Pero la falta de sencillez y de dulzura en un mundo regido por intereses creados, por la ostentación y por los escrúpulos de clase, hace entendible que las sonrisas y dulzuras no le sean destinadas a su cuerpo desaventajado de pelo raso y grasoso y a «sus cayentes y estrechos hombritos, la barriga fofa y sobre todo las caderas chiquitas como todo lo demás pero muy anchas en ese cuerpo, tristemente eunucoides» (25).

Mientras a Sevilla solo le queda de consuelo la fantasía y la convicción de prescindir de las ambiciones, a perdedores del corte de Taquito Carrillo, Joaquín Bermejo y Felipe Carrillo les conforma su relativo éxito laboral y el lenitivo de amores desidealizados, (in)condicionales o fraudulentos. Taquito Carrillo no puede casarse con Baby Schiaffino, pero lo hace con su prima «una muchacha que se parecía a Baby... solo que menos interesante, rubia, bonita... sólo que más llenita, narigoncita, bajita...» (214);¹¹ Joaquín Bermejo, gracias a la influencia de su suegro conserva su puesto de ministro a pesar del escándalo de corrupción, y aunque mientras se ducha sueña con matar a Raquelita, su anoréxica esposa, le queda el consuelo de escaparse con su amante, la insaciable Vicky Bechito; y Felipe Carrillo, luego de sus mudanzas a Madrid, a París y a la hacienda Montenegro de Querecotillo, Perú, termina de vuelta en la ciudad luz instalado con Catherine Delay, una arabista, con quien inicia otro romance atenuador de sus anteriores fracasos amorosos, incluido el de Eusebia, la mulata que, por un instante, lo sacó de las fórmulas intelectuales de arquitecto triunfador en París. En suma, Sevilla es tan perdedor y su fealdad es tan desagradable que su presencia desnuda los afeites y la impostura del conde de la Avenida, gerente de la compañía de aviación. Su vista desencadena el deterioro irreversible del conde español a quien solo lo mantenían erguido las ceremonias protocolarias y arribistas de la oligarquía limeña: «los numerosos signos de decrepitud en un hombre veinte años menor que él destrozaron un sistema de vida cuya base eran el lujo y belleza día y noche» (27).

Contra cualquier interés por la ostentación, a Sevilla lo satisface un presente sin ambiciones y el precario lugar de trabajo donde deja pasar una vida anónima: «esa apertura hacia lo bajo, hacia un puestecito en alguna oficina pública» (7), el cual consigue «en un oscuro rin-

¹¹ Cito por la edición de *Cuentos completos* de Alfaguara, 1995.

cón de la Municipalidad de Lima, perdido en una habitación dedicada al papeleo» (12).

La ostentación, característica del sello de clase, es una práctica distintiva de los adolescentes en la narrativa de Bryce; ellos se dan a conocer a través del exhibicionismo, y el éxito de sus empresas depende de su capacidad para despertar envidia entre sus compañeros y admiración entre las bellas chicas soñadas. Que lo diga Manolo en «El descubrimiento de América», ejemplo maestro de la seducción a partir del arte de fingir la riqueza que no posee. En la narrativa de Bryce la densidad de sus relatos sumerge al lector en la subjetividad de los personajes a través de la descripción de sus debilidades y miserias íntimas que estos cuidan de mantener ocultas en público. A través de monólogos, frases punzantes de los narradores o intervenciones que parecen dirigidas a los personajes para insinuar el desenlace o un paso a seguir, el autor instala la ironía con la que elude caer en los discursos condenatorios o en la atmósfera de la novela de denuncia social.¹² Frente a la imposibilidad de ostentar riqueza como hacen Manolo, Taquito Carrillo o su ídolo Salvador Escalante, Sevilla encuentra la fórmula reconciliadora, adentrarse por los meandros del anonimato, conformarse con la memoria congelada de un momento triunfal en el pasado y su rutina diaria en el rinconcito de trabajo. Ese momento ocurre cuando en Huancayo entró a ver *Quo Vadis, los mártires del cristianismo*. Su ingreso gratis a la sala gracias a la sonrisa cómplice de Escalante hacia las tres cholitas encargadas de la entrada, constituye el mayor gesto de no olvido por parte de su rubio amigo, único gesto que por un instante en su vida lo hizo volar del piso. ¡Cómo olvidarlo!

Por ello, al marginarse de cualquier interés por competir en la vida social, no solo acentúa su insularidad, sino se torna una criatura vulnerable, de interés especial; es un personaje marginal, no perteneciente a la oligarquía limeña de la que forman parte la mayoría de los personajes bryceanos enraizados en el Perú, sobre todo en *Un mundo para Julius*, *Huerto cerrado*, algunos de los relatos de *La felicidad, ja, ja* y en *No me esperen en abril*. Después de autoexcluirse del reino de las mujeres rubias de Miraflores, se automargina del espacio físico. Deja de transitar «La gran Miraflores, Larco, Diagonal,

¹² El diálogo final entre Joaquín Bermejo y Raquelita en «Anorexia y Tijerita» delata los escrúpulos burgueses, la discriminación racial y el desprecio de esta mujer hacia la «ínfima», la clase pobre limeña. El episodio es una muestra puntual de escritura urdida desde la subjetividad de los personajes.

esas avenidas inútiles. Quedaba lo que Sevilla había sentido ser el pequeño Miraflores» (9). En otras palabras, el espacio venido a menos de los ingleses de principios de siglo, el de los perdedores como él, exiliados dentro del territorio peruano. Pero tenían que imponerle el sorteo jamás añorado, y su mundo congelado de perdedor entra en crisis porque sabe que va a tener que enfrentarse con una visibilidad inesperada e indeseada. Es desde esta adversidad, la de verse forzado a hacerse visible, donde el lector asiste a las miserias del exilio motivadas por razones económicas. Sevilla no puede leerse como un personaje-tipo en la escritura bryceana. Sus infortunios son de grado distinto al que padecen los otros, los intelectuales como Felipe Carrillo o Martín Romaña.

Aunque la reflexión siguiente del escritor argentino Osvaldo Soriano surge de un contexto histórico concreto ligado a lo político, su reflexión es válida para cualquier forma del exilio, incluido el de corte económico, el que expulsa a Sevilla a Madrid: «El objetivo principal del exilio provocado era quebrar al individuo, romper el eje de su universo, desarticularlo como persona, separarlo de su pareja, de sus hijos, obligarlo a ejercer un oficio que no es el suyo. En suma: humillarlo, rebajarlo, aplastar su voluntad de vivir. Lo único cierto para el exiliado es el presente violado».¹³

Nada menos lo que le ha acontecido a Sevilla, su presente violado. Ningún exilio se produce por la frívola motivación de cambiar de lugar, menos el originario. Es la maquinaria política en asociación con el sistema económico la que produce los desajustes sociales. El individuo es impelido a buscar nuevos horizontes, esperanzado en salvar su vida, redimir sus carencias de libertad política, sexual, de credo o resolver sus estrecheces económicas. El caso de Sevilla es particular porque mucho antes de ganarse el viaje con todos los gastos pagados rumbo a Madrid, ya muerto su ídolo y protector Escalante, «había entrado a la tranquila tristeza que era su vida» (19). Sin embargo, la compañía de aviación pretendía «instalarse con todas las de la ley» (5). Y, su ley actúa implacable, necesita un ganador, no importando si este renuncia a participar del juego. Es ahí donde se enraíza Sevilla como metáfora del exilio. Lejos de producirle felicidad la noticia, el efecto es contraproducente, su estómago va a comenzar a descomponerse. Su calidad de individuo dotado de una precaria educación y, además, gobernado por una ortodoxa práctica

¹³ Ver el artículo «El exilio en el Cono Sur».

de la fe católica, lo hace un ser permeable a la culpa y al temor permanentes. La consideración del viaje lo expone a un debate interior entre permanecer al lado de su tía Angélica, de ochenta años, o viajar a Madrid tal como se lo aconseja en sus escarceos Escalante. Su decisión final es la de los organizadores del sorteo, la compañía de aviación. Lejos de hacer uso de su razón para objetar la imposición, termina por aceptarla «como una cosa necesaria» (32). En su condición de subalterno, esa forma de vivir el exilio interior en la sociedad limeña, Sevilla hubiera podido sobrevivir en Lima el resto de su vida, pero cuando se siente perdido (qué ironía, cuando gana algo no soñado), de regreso a la oficina a la mañana siguiente, su *via crucis* estomacal (distinto al rectal de Martín Romaña, otro perdedor redimido por el oficio de escribir) da su primer anuncio fatal: «Lo último que sintió al llegar a la oficina fue un ligero malestar estomacal y un inevitable pedo antes de entrar» (24). Queda claro que no es en Madrid cuando y donde se inicia su malestar estomacal. Su suerte está echada. Lo demás vendrá a cuentagotas a través de una descripción magistral del calvario del personaje tratando de sobrevivir la traumática experiencia del viaje de los tres días en Madrid.

Todos los pormenores previos del viaje reflejan el temor y la aprensión de quien se ve forzado a dejar la seguridad del lugar conocido, para entrar en el temible territorio desconocido.¹⁴ E igual a todo latino que se respete, Sevilla quiere cargar con sus hábitos y costumbres, aun cuando por su timidez estos se extremen: llevará una sábana propia para no usar las del hotel tal como se lo recomienda su tía, no olvida el misal y averigua los lugares donde celebrarán misa. Empero, a pesar de las precauciones, su extrema inseguridad le prohíbe contarles a su tía y a su ex profesor de anatomía de su desarreglo estomacal. A este último le pide el permiso final para viajar. Parte, al fin. En el aeropuerto la maquinaria económica le propina más irritación a su intestino porque es «fotografiado mil veces arrinconándose horrible» (35).

¹⁴ La psicóloga Ana Vásquez al estudiar el comportamiento de la comunidad chilena exiliada en París con ocasión de la dictadura de Pinochet, destaca las formas de defensa que los chilenos usaban para no integrarse al nuevo medio. La autora considera al exilio una situación traumática en que se rompen los lazos sociales, culturales y afectivos. En el caso de Sevilla, su viaje-*expulsión*, no solo desde antes de salir del Perú muestra que no va a integrarse, sino que por la razón de su exilio originado en una causa económica, no encontrará mecanismos de defensa entre la comunidad de exiliados. Sus relaciones con los otros miembros del grupo de ganadores de la lotería es nula. Véase «Algunos problemas psicológicos de la situación del exilio».

La descripción minuciosa de los avatares del personaje durante el vuelo a Madrid revelan sus esfuerzos por defender su discreto mundo de las intrusiones externas del viaje. Revive a Escalante y se aferra a la devoción por el medallón de San Cristóbal, el santo protector de los viajeros. No obstante, un vecino se apoltrona a su izquierda e interrumpe su evocación, y con el acto hace caer su medallón. Sin todavía pisar tierra madrileña, sus únicas certezas comienzan a derrumbarse. En Madrid, cuando se reúne con los otros ganadores, resulta ignorado. Ni siquiera los dos latinos (el venezolano y el ecuatoriano) lo integran al grupo; el gringo Alford apenas lo ve preocupado como estaba por beber cerveza y Achikawa, el japonés, «que todo parecía encontrarlo comiquísimo» (37), se convertirá en el peor enemigo de su violada privacidad, pues no parará de fotografiarlo. Su falta de mundo y su espíritu pusilánime no le permiten enfrentarlo como sí lo hicieron el venezolano y el ecuatoriano quienes «lo mandaron cortésmente a la mierda» (38). Con las desventuras del viaje —las cuales parecieran conspirar contra su suerte— se agudizarán en Sevilla sus desarreglos hasta llevarlo a suicidarse. Su incapacidad de comunicación, acendrada por su ignorancia completa del idioma inglés, conspiran para que se precipite su decisión desesperada.

De la agenda turística preparada por los organizadores en Madrid, Sevilla solo alcanzará un instante de regocijo. Sucede en una de las salas dedicadas a El Greco en el Museo del Prado. Su acendrado catolicismo lo conduce a contemplar con «devota admiración» *El cristo abrazado a la cruz*. Sin embargo, su incontrolada diarrea le impide concentrarse por estar más pendiente de encontrar cerca las rondelitas del retrete que puede sacarlo de apuros. Es tanta su angustia física que, por una vez en su vida, es capaz de revestirse de coraje y confesar en público su malestar, lo que no había sido capaz de hacer ni con su tía ni con su ex profesor de anatomía. Pero, una vez más se le trata como subalterno: «—De eso no se muere nadie, mi querido amigo. Usted lo que necesita es una buena cena filipina, luego una buena taza de té, y mañana como nuevo» (48). Juzgado como subalterno, Sevilla no tiene derecho a quejarse y si lo hace, su voz carece de resonancia. En últimas, lo que impera es lo que prescribe quien controla el poder o quien actúa como su representante. Mientras tanto, el personaje continúa agonizando. Su capacidad de resistencia cada vez se halla más frágil. Por ello, a mayor fatiga nerviosa, más se acentúa su fervor por estar cerca de la ventana del hotel, en su cuarto localizado en el séptimo piso: «en su agotamiento

sentía que el lugar ese, al pie de la ventana, lo atraía realmente con la fuerza de un imán» (55).

La ventana se imanta todavía más cuando los remordimientos lo dominan por haber faltado por primera vez a la misa. La noche anterior no disfruta el espectáculo del cabaret, donde han ido a presenciar el canto y el baile de flamenco: «soportó todo el espectáculo pensando que mañana Dios no lo olvidaría y que en algunas de las iglesias que iban a visitar a Toledo habría misa y confesión» (51). Pero no, no pudo llegar a tiempo a la misa y eso lo llena de culpas.¹⁵ Para colmo, los del grupo le juegan una mala pasada porque lo conminan a salir al escenario dejándolo a merced de la risa del público. Y, claro, en su *via crucis*, incluida «la tercera caída», Sevilla no consigue satisfacer las expectativas del animador y su mono, por el contrario, este «pensó que el mono se le había cagado en plena función, pero no, era el peruano» (52). El narrador no pierde un detalle importante: esta vez «La carcajada de Achikawa brilló por su ausencia» (52). Aunque tarde, Achikawa entiende que lo que menos quería Sevilla era hacerse visible. Ello explica que «No quedó testimonio fotográfico de este asunto» (52) y que, además, el oriental también volviera a sentir el mismo pánico que frente a las pinturas negras de Goya. En realidad, el japonés estaba viviendo su propia agonía del exilio enfrentado a una cultura por entero extraña, solo que el narrador se había mantenido concentrado en las miserias de Sevilla.

La trasnochada que le obliga a padecer mister Alford, borracho, hablándole de su divorcio y su fracaso familiar, y la invasión de su retrete por los excursionistas norteamericanos, terminan por reducir la ciudad madrileña en «La ciudad del hotel y de la ventana» (57). En eso queda su experiencia del exilio. La ventana se convierte en el túnel del tiempo y del espacio a través del cual Sevilla encuentra la paz de espíritu soñada. Salta y «fue una especie de breve vuelo, un instante» (60). Frente a la imposibilidad del encuentro en la nueva geografía, opta por el suicidio. La visión final es una reconciliación del personaje con el mejor recuerdo de su vida en Huancayo, Escalante esperándolo allá, abajo.

En un guiño autoreferencial, acorde con las estrategias narrativas post-modernas, el relato inserta la inclusión del autor histórico Bryce

¹⁵ Kant definió como hombre ilustrado al que era capaz de liberarse de las formas de servidumbre, entre las que consideró la peor la religión. Sevilla es un subalterno, alguien que no ha llegado a la mayoría de edad, y además sometido por quienes detentan poder económico. Ver *On History*.

Echenique quien, acompañado de Maggie, viene meses más tarde a hospedarse en el mismo cuarto del séptimo piso,¹⁶ el escenario del suicidio. Ambos frente a la vista que ofrece la ventana, evocan las tierras huancaínas:

—Mira, Alfredo —dijo Maggie, abriendo la ventana—, esta vista me hace recordar en algo a la sierra del Perú...

—Parece Huancayo... Me hace recordar a algunos barrios de Huancayo... (60).

Mientras Sevilla acomete el suicidio, los demás personajes bryceanos y el propio autor histórico leen el Perú a partir de su experiencia transatlántica. A eso se refiere el autor cuando al citar palabras de su compatriota Julio Ramón Ribeyro, percibe que la experiencia del exilio le ha servido para conocer su peruanidad.¹⁷ A pesar de la insularidad de Sevilla en su calidad de personaje subalterno en la narrativa de Bryce, las razones económicas de su calvario vital, aunque llevadas al estado límite en «Muerte de Sevilla en Madrid», constituyen una metáfora de la diáspora de millones de latinoamericanos expulsados de sus realidades originarias.

Obras citadas

- BENSOUSSAN, Albert. «Entrevista con Alfredo Bryce Echenique». *Ínsula* 408 (noviembre 1980): 1-12.
- BRYCE ECHENIQUE, Alfredo. *Cuentos completos*. Madrid: Alfaguara, 1999.
- . «Muerte de Sevilla en Madrid». Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- . «Instalar el humor en el corazón mismo de la tristeza». *Nuevo Texto Crítico* 4/8 (1991): 55-72.
- . *La última mudanza de Felipe Carrillo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.
- . *La vida exagerada de Martín Romaña*. Bogotá: La Oveja Negra, 1985.
- . *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Barcelona: Plaza y Janés, 1985.
- . *Un mundo para Julius*. Lima: Mosca Azul editores, 1985.
- FERREIRA, César. «Tras la huella de un imaginario: Bryce y 'Muerte de Sevilla en Madrid'». *La Casa de Cartón* 18 (1999): 27-32.
- GRUDZYNSKA, Grazyna. «Alfredo Bryce Echenique y Madrid». *Anales de literatura hispanoamericana* 22 (1993): 281-288.
- KANT, Immanuel. *On History*. Trans. Lewis White Beck. Indianapolis: The Bobs-Merrill, 1963.
- ROJAS MIX, Miguel. «Otros mundos para Julius: del 'Tente en el aire' del

- modelo señorial hasta el 'No te entiendo' del neoliberalismo». *Con Eñe-Revista de literatura hispanoamericana* 8 (Otoño 1999): 6-11.
- . «Iberoamérica al alimón: diálogo con Bryce Echenique». *Con Eñe-Revista de literatura hispanoamericana* 8 (Otoño 1999): 57-69.
- RUFINELLI, Jorge. «Uruguay: literatura y exilio». *Casa de las Américas*. 119 (marzo-abril/1980): 128-133.
- SORIANO, Osvaldo. «El exilio en el cono sur». *Eco* 257 (marzo/1983): 473-477.
- VÁSQUEZ, Ana. «Algunos problemas psicológicos de la situación del exilio». *Casa de las Américas* 119 (marzo-abril/1980): 137-143.
- WOOD, David. «Hecho con estilo, o el mundo narrativo». *Con Eñe-Revista de literatura hispanoamericana* 8 (Otoño 1999): 6-11.